

Petros Márkaris

LA HORA DE LOS HIPÓCRITAS

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

PETROS MÁRKARIS
LA HORA DE LOS HIPÓCRITAS

Traducción de Ersi Marina Samará Spiliotopulu

TUSQUETS
EDITORES

Unos diez metros de distancia separan las dos puertas. Se recorren dando veinte pasos exactos. Los mismos veinte pasos desde hace dos horas, de una puerta a la otra, mientras su mirada choca con la pared de enfrente cada vez que se da la vuelta.

No puedo apartar la mirada de aquellos pasos. Un poco más allá, Maña y Uli están conversando en voz baja. Con mucho gusto me acercaría a ellos para ahogar mi desazón en la cháchara, pero mis piernas están paralizadas y no me atrevo siquiera a intentar levantarme de la silla. La única parte de mi cuerpo que se mueve es la mirada, que sigue observando encandilada los pasos de ella. Zisis, que había venido con nosotros, ha desaparecido.

De repente interrumpe sus pasos, se da la vuelta y se acerca a mí.

—Están tardando mucho. Han pasado más de dos horas —dice inquieta.

—En absoluto —interviene Maña, que la ha oído—. Hace exactamente una hora y tres cuartos. Miré mi reloj en el momento en que se la llevaron.

—¿Creéis que le practicarán la cesárea? —pregunta con el alma en vilo.

—¿Por qué le iban a practicar una cesárea? —me extraño.

—Le hagan lo que le hagan, Fanis está con ella —nos tranquiliza Maña.

La reaparición de Zisis, que llega con un ramo de rosas rojas, nos interrumpe.

—¡Bravo, Lambros! A nadie se le ha ocurrido traer flores a la parturienta. Menos mal que te has acordado tú —le digo.

—¿Las rosas son para Lambros o para Katerina? —pregunta Maña.

—Para los dos —contesta Zisis.

No le da tiempo de ofrecer más explicaciones, porque se abre la puerta de la izquierda y una enfermera nos dice:

—Ya pueden pasar. ¡Enhorabuena!

Se ve que mis piernas esperaban el desenlace feliz para recuperar las fuerzas. Me pongo de pie de un salto. Corremos todos hacia la puerta menos Uli, que nos sigue discretamente. No sé dónde aprendió Adrianí sus tácticas para abrirse paso, pero siempre es la primera en entrar. Los demás respetan la prioridad del abuelo y me dejan pasar en segundo lugar.

En el centro de la sala se encuentra Fanis con un recién nacido en los brazos, que tiene los ojos cerrados y llora desconsolado.

—Os presento a Lambros —nos anuncia mi yerno entre risas.

—¡Hijo mío, tesoro mío! —grita Adrianí, y arranca el bebé de los brazos de Fanis para estrecharlo entre los suyos.

Lambros sigue llorando y berreando. Adrianí lo alza con las manos para poder admirarlo mejor.

—Venga, no llores. Eres nuestro primogénito y vas a disfrutar de la vida, te lo garantizo —intenta tranquilizar al niño. Luego se dirige a Fanis—: Es clavado a ti. No se parece en nada a mi hija.

—No se apesure, Adrianí. Cambiará un montón de veces mientras crezca —le dice Maña.

Adrianí abraza otra vez con la mirada a su nieto y se dispone a entregármelo a mí, pero yo doy un paso atrás. Estoy temblando de los pies a la cabeza. Tengo miedo de que el crío se me escurra de entre las manos. De repente, recuerdo que sentí el mismo pánico cuando nació Katerina.

—Dénselo a la madrina y al padrino —dice Maña para sacarme del apuro, y coge al bebé en sus brazos.

—¿Quién es la madrina y quién el padrino? —pregunta Fanis.

—Yo seré la madrina, y el padrino es el tío Lambros, de quien hereda el nombre —explica Maña.

Zisis le da el ramo de rosas a Uli y se acerca a Maña para admirar a su tocayo.

—¿Cómo está Katerina? —pregunto a Fanis.

Todos callan de pronto y me miran desconcertados, porque se han entusiasmado tanto con la criatura que a nadie se le ha ocurrido interesarse por la madre.

—Está muy bien. Ha sido un parto muy fácil —nos cuenta Fanis—. Podéis verla, si queréis —añade, señalando una puerta al fondo de la sala con un gesto de la cabeza.

—Así podremos acostar a Lambros en su camita hasta que trasladen a la madre a la habitación —dice la enfermera mientras coge al niño de los brazos de Maña.

Adrianí abre la puerta de la habitación. Katerina ya está acostada en la cama y sonrío al vernos entrar. Parece un poco cansada pero feliz.

—¿Qué os parece vuestro nieto? —nos pregunta con una sonrisa.

—¡Es guapísimo! —exclama Adrianí. Corre hacia la cama y abraza a su hija—. ¡Que tenga larga vida, hija mía! Será una alegría y un motivo de orgullo para todos nosotros.

—Ya no puede continuar, porque la embarga la emoción y se echa a llorar.

—Vamos, mamá. Hoy es un día feliz. ¿Por qué lloras?

—Son lágrimas de alegría, hija mía. No sabes cuánto deseaba tener un nietecito.

Se aparta de la cama para secarse las lágrimas. Ahora me toca a mí abrazar a Katerina. Sin embargo, no me da tiempo de felicitarla porque la enfermera entra en la habitación.

—La señora Usunidis será trasladada a su habitación. Pueden ir a verla allí —nos anuncia.

—Mi mujer se apellida Jaritos. Usunidis es el apellido de mi hijo —la corrige Fanis.

La enfermera le mira de reojo y se disculpa con la boca chica.

El resto de la comitiva está charlando en la sala de espera, todos susurrando con una gran sonrisa en los labios.

—¿Cómo se encuentra? —pregunta Maña a Adrianí.

—Está de buen humor. El parto ha sido fácil, como ha dicho Fanis, y no se la ve abatida. La van a subir a la habitación. Yo me quedo con ella esta noche.

—Nadie se queda con ella, yo tampoco —declara Fanis—. Tiene que dormir y descansar. Si necesita cualquier cosa, llamará a una enfermera. Nosotros iremos a tomar un vinito para celebrar la llegada de Lambros.

Su propuesta nos entusiasma a todos, mi mujer incluida.

—¿Adónde vamos? —pregunta a Fanis.

—A un local que está aquí cerca. No importa si es el mejor, lo que cuenta es celebrar el nacimiento del niño. La cena de verdad será en nuestra casa.

Nos lleva a un restaurante de la avenida Kifisiás y los hechos demuestran que tenía razón. Nadie presta especial atención a la comida. La estrella es Lambros. Todos brindamos a su salud y enseguida empiezan las reflexiones: ¿cómo

crecerá el niño en una sociedad como la actual?, ¿qué estudiará cuando sea mayor?... Todavía no ha tocado el pecho de su madre y estos ya le mandan a estudiar un posgrado, me digo.

Las conclusiones son siempre las mismas: qué bien vivían los niños en épocas pasadas y qué mal viven en la actualidad.

—Pero ¿estáis en vuestros cabales? —estalla Adrianí en un momento dado—. No tenéis ni idea de cómo era la vida entonces. ¿Sabéis lo que es no poder comer más que verduras, lentejas y potaje de judías? ¿E ir a la escuela descalza, porque solo tienes un par de zapatos y hay que reservarlos para cuando llueve y nieva en invierno?

—Di que sí, Adrianí —la secunda Zisis—. La única diferencia es que vosotros esperabais la salvación de mano de los jefes políticos; y nosotros, de mano de la revolución. Ni los políticos ni la revolución nos salvaron, pero nosotros resistimos.

De repente, Uli abraza a Maña y le da un beso apasionado.

—¿Tendremos nosotros también un hijo? —le pregunta.

—¿Qué te ha dado? —se extraña la joven.

—No lo sé. Quizá porque esta conversación es tan diferente a la que mantendría una familia alemana...

—¿Y qué diríais vosotros? —quiere saber Adrianí.

Uli reflexiona un momento.

—No lo sé —repite—. Puede que la inseguridad haga aflorar el amor entre vosotros. —Vuelve a besar a Maña y le pregunta de nuevo—: ¿Qué me dices? ¿Tendremos nosotros también un hijo?

—Lo tendremos, Uli, aunque no enseguida, te lo ruego. Otro bebé y nos veremos obligadas a cerrar el despacho. Ya ves, Katerina se nos ha adelantado.

Nos echamos todos a reír y alzamos la copa para brindar a la salud del pequeño Lambros.

—Esta noche no podré pegar ojo —me dice Adrianí cuando llegamos a casa.

—¿Por qué no?

—Porque estaré pensando en Lambros.

Mentira: tres minutos después, duerme como un lirón.

De camino al despacho me detengo en una pastelería para comprar una caja de trufas de chocolate. Ha sido idea de mi mujer. Cuando le he preguntado qué sería lo más adecuado para agasajar a los compañeros de trabajo, enseguida me ha respondido que trufas de chocolate.

—¿Por qué trufas y no baklavás? —me he extrañado.

—Porque los baklavás son para las abuelas y los abuelos como nosotros —me ha contestado—. Hoy en día, a todo el mundo le van las trufas de chocolate.

Cancelo mi tradicional visita al bar y subo directamente a mi despacho. Abro la caja de la pastelería y empiezo la ronda por el despacho de mis ayudantes.

—Os invito para celebrar el nacimiento de mi nieto —anuncio nada más entrar.

Se levantan todos de un salto. Kula es la primera que se me acerca. Me abraza y me estampa un beso en cada mejilla.

—¿Cuándo nació? —pregunta.

—Anoche. Todo fue bien.

Siguen los demás con sus enhorabuenas y felicitaciones.

—¿Cómo se va a llamar? —pregunta Askalidis.

—Lambros.

Se produce un silencio incómodo, porque ninguno de mis ayudantes conoce mi relación con Zisis.

—¿Lambros es el nombre del otro abuelo? —pregunta Dervísoglu.

—No, nada que ver. Es independiente de la familia.

—¿Por qué no le ponen el nombre de usted o de su consuegro? —pregunta Dermitzakis con la boca llena y sin dejar de masticar la trufa de chocolate.

Recuerdo la conversación que mantuvimos cuando decidimos el nombre del niño y se la transmito.

—Mi consuegro se llama Pródromos. ¿Te imaginas llamar Pródromos a un niño hoy en día? En cuanto a mi nombre, es demasiado común. «Lambros», en cambio, tiene algo especial.

—Sin embargo, lo correcto es que los niños hereden los nombres de sus abuelos y sus abuelas —insiste Dermitzakis.

—Dime, Nikos, ¿serás el padrino de Lambros? —interviene Kula.

—Claro que no.

—Entonces, ¿qué más te da cómo llamarán los padres a su hijo?

Dermitzakis le dirige una mirada torva, pero cierra la boca.

—A mí me pusieron Zanasís por mi abuelo materno, pero es un nombre que me saca de quicio —declara Askalidis.

—¿Por qué? —quiere saber Dervísoglu.

—Porque me recuerda las películas del cómico Zanasís Vengos, *Zanasís coge el fusil* o aquella otra: *¿Qué hiciste en la guerra, Zanasís*. En la academia de policía, todo el mundo me llamaba Vengos. Por suerte, acabé imponiendo el «Zanos» y me dejaron en paz.

Nos echamos todos a reír y el ambiente se distiende. Mis ayudantes me despiden con una nueva tanda de felicitaciones y salgo del despacho para continuar con el agasajo. Es el

turno de Zonarás de Asuntos Internos, Velidis de Delitos Informáticos y Karambetsos de la Brigada Antiterrorista. Se me ocurre que se montará una buena si empiezo a ir de despacho en despacho con una caja de trufas en la mano. Llamo a Stela y le pido que los reúna a todos en el viejo despacho de Guikas, que ahora cumple funciones de sala de reuniones. Hoy, además, me dispongo a inaugurarla como sala de ceremonias.

Primero invito a Stela y luego entro en el despacho de Guikas. Los tres colegas directores me esperan sentados en sus asientos.

—No os he convocado a una reunión sino a una celebración —anuncio mientras abro la caja de la pastelería—. ¡Por mi nieto!

—¡Enhorabuena, felicidades! —exclaman todos al unísono.

—Ahora que ya eres abuelo, Kostas, solo te queda esperar la jubilación para poder disfrutar de tu nieto —dice Velidis.

—¡Qué va! Yo tengo ya dos nietos y ni pienso en la jubilación —le contesta Zonarás—. No voy a dedicar el resto de mi vida a los dos churumbeles.

Puesto que no se trata de una reunión, en cuanto terminan los agasajos y las enhorabuenas vuelvo a mi despacho. Ha sobrado la mitad de las trufas de chocolate. Se me ocurre llevármelas a casa, pero me parece una mezquindad y lo descarto. Cojo la caja otra vez y vuelvo al despacho de mis ayudantes.

—Para vosotros —les digo.

—Pero si ya le hemos felicitado —se extraña Kula.

—No importa, me volvéis a felicitar. Lambros acaba de abrir los ojos al mundo, le hacen falta muchos buenos deseos.

—Pues no le vamos a hacer un feo —dice Dervísoglu y alarga la mano hacia las trufas mientras Askalidis se echa a reír.

—¿Por qué te ríes? —le pregunto.

—Porque a Fotis le chiflan las trufas. En cuanto ve una trufa de chocolate se le ponen ojos de zampabollos.

Los dejo saborear las trufas en paz y vuelvo a mi despacho. Empiezo a repasar los documentos para matar el tiempo, porque estamos atravesando días de calma chicha y está todo parado. Por suerte, llega Kula y me salva del aburrimiento.

—Tres kilos ochocientos, que no le falte la salud. ¡Es un fenómeno! —anuncia la joven.

—¿Cómo te has enterado de cuánto pesa Lambros? —me extraño, porque yo todavía no lo sabía.

—He llamado a su mujer para felicitarla y me lo ha dicho.

Mira por dónde, a mí ni se me ha ocurrido averiguar cuánto pesa mi nieto.

—Venga, que vosotros seáis los siguientes —digo para disimular mi torpeza.

—Gracias, pero dígaselo a mi marido. Cada vez que saco el tema no quiere oír ni una palabra.

—¿Por qué no?

—Pregunta quién lo va a criar. Su familia está en el pueblo, mi madre ya no vive... —Hace una pausa antes de continuar—: Tiene razón, aunque yo deseo mucho tener un hijo.

En ese momento suena el teléfono y se oye la voz del subdirector Kapsidis.

—Señor comisario, me han dado la buena noticia y le llamo para felicitarle por ser abuelo.

—Gracias, subdirector.

—Ha tenido suerte, el niño ha llegado en un periodo tranquilo y podrá disfrutar de él.

Colgamos después de que me felicite de nuevo y yo le reitero mis agradecimientos. Kula ya se ha retirado discretamente. Decido seguir el consejo del subdirector y poner rumbo al hospital.

Saco el Seat del garaje y enfilo la avenida Kifisiás. Me topo con un atasco que empieza a la altura del cine Ánesis. Avanzo poco a poco hasta el desvío de Santa Bárbara. Luego el camino se despeja y llego al hospital sin más retrasos.

Pregunto en la recepción cuál es la habitación de Katerina y me mandan a la tercera planta. En cuanto abro la puerta, Adrianí se lleva un dedo a los labios.

—Está durmiendo —me informa cuando salimos al pasillo.

—¿Cómo se encuentra?

—Madre e hijo se encuentran muy bien —contesta, y se calla al ver que una enfermera se dirige a la habitación de Katerina—. Está durmiendo... —repite.

—Hay que despertarla. Vamos a traerle al bebé para que le dé de mamar.

—Has tenido suerte, Kostas. Ha sido llegar y besar el santo.

Katerina se ha incorporado en la cama y nos recibe con una sonrisa. Me acerco y le doy un beso.

—¿Cómo te encuentras?

—Bien, aunque parece que el parto me ha provocado somnolencia. Solo tengo ganas de dormir.

Adrianí ofrece su diagnóstico antes de que puedan hacerlo los médicos.

—Lo quieras o no, los partos agotan. Además, has estado trabajando mucho últimamente, te hacía falta recuperar sueño.

La conversación queda interrumpida cuando entra la enfermera con el pequeño Lambros en brazos. Es distinto de como lo vi anoche, porque ahora está envuelto en una mantita. La enfermera entrega el bebé a Katerina. Lambros se engancha al pecho de su madre y empieza a mamar con fruición.

—Pues sí que tiene hambre —comenta Adrianí.

—Si sigue así, pesará cinco kilos cuando le llevemos a casa.

—¿Y no te alegras? —pregunta mi mujer.

—Mamá, no quiero un hijo gordo.

—¿Hablas en serio? Ahora lo importante es que esté fuerte y tenga salud. Todo lo demás ya llegará.

—En cualquier caso, si se parece a ti, empezará de una manera y terminará de otra —digo a mi hija.

—¿Por qué?

—Porque eras una niña regordeta y mírate ahora, eres una sílfide.

—Genial, papá, me has subido la moral —comenta Katerina riéndose.

En ese momento se abre la puerta y aparece Zisis.

—Has venido justo a tiempo —anuncia Adrianí entre risas.

Zisis no nos hace ni caso. Va directo hacia Lambros y le observa con atención.

—¿Qué tal, tocayo? —le pregunta, pero el tocayo está demasiado ocupado alimentándose y pasa totalmente de él. Luego Zisis se dirige a mí—: ¿Lo ves, comisario? Ni los bebés prestan ya atención a los izquierdistas.

Katerina se echa a reír.

—Tío Lambros, te hará mucho más caso cuando le lleves de paseo y le compres un helado o una piruleta.

—Tienes toda la razón, Katerina. Pero, verás, intento olvidar que para mí la revolución fue como una piruleta.

El sonido de mi móvil interrumpe la conversación.

—¿Dónde está, señor comisario? —quiere saber el subdirector.

—Visitando a mi nieto.

—Lamento interrumpir la reunión familiar, pero tiene que ir a Anávisos ahora mismo. Han asesinado a Paris Fokidis.

—¿El magnate de la hostelería?

—El mismo. Han hecho estallar su coche en el garaje del hotel.

—Voy enseguida.

La expresión de mi cara da a entender a todos que algo ha ocurrido.

—¿Qué pasa? —pregunta Adrianí.

—Pasa que en este mundo unos nacen y otros mueren. Pero cuando me llaman a mí, no han muerto simplemente, sino que alguien los ha matado —contesto y salgo al pasillo para poner en marcha la operación.

Llamo a Dermitzakis para que se encargue de coordinar a mis ayudantes y los coches patrulla. Le digo que pida a Dimitríu, de Identificación, que lleve consigo a un artificiero.